



STARCRRAFT
HEART OF THE SWARM



Portanaves

Michael Kogge

Koramund. Los protoss habían bautizado al portanaves como la "gran maravilla" de su clase, y para laalu, el ingeniero tercero de la nave, no podría haber tenido ningún otro nombre. La elegancia de las curvas de la nave era innegable; las depuradas placas del casco habían sido cuidadosamente moldeadas por artesanos Khalai, y a laalu le recordaban las colinas de Shreka del norte de Aiur. Luego estaba esa chispa única en los conductos de alimentación, que, contra toda explicación racional, llevaba los sistemas esenciales más allá de sus especificaciones, sobre todo cuando se enfrentaban a desafíos extraordinarios. Y laalu se enorgullecía de que los hangares y las bahías de fabricación que él supervisaba produjeran algunos de los interceptores mejor preparados para la batalla de toda la flota, con unas cuentas de víctimas que solían duplicar o triplicar las de otras portanaves.

Pero donde de verdad el *Koramund* estaba a la altura de su nombre era en un prestigioso récord que pocas naves podían igualar. A lo largo de los siglos que llevaba en servicio, había establecido más colonias que cualquier nave desde el Eón de Contienda, y había liderado la carga en innumerables batallas. Tan extendida estaba la leyenda del *Koramund* que los enemigos solían huir al detectar la nave, temerosos de sus interceptores. Cuando los execrables zerg atacaron Aiur, el mismísimo Tassadar pidió que el portanaves luchara junto a su buque insignia, el *Gantrithor*, y así lo hizo con honor y gloria hasta el amargo final. Incluso tras el despliegue de los nuevos y supuestamente más eficientes rayos de vacío, la veneración de los protoss por el *Koramund* había impedido que la Gran Flota lo retirara, como había retirado a tantos otros portanaves de sus filas. El *Koramund* era, para laalu y otros millones de protoss, un poderoso símbolo de que las antiguas tradiciones de Aiur nunca morirían.

Ese símbolo estaba ahora en peligro. El *Koramund* caía en espiral hacia su destrucción en el planeta Vanass con los zerg detrás, a menos que laalu pudiera volver a encender los motores, y pronto.

—En nombre de Khas, ¿dónde estás? —sonó Tenzaal, la templaria que dirigía a los ingenieros durante las batallas. Como siempre, el tono agudo de su voz mental le dio dentera a laalu. Sería todo más sencillo para todo el mundo si al menos pudiera bajar la...

—¿Cómo dices?

—Nada, templaria —respondió laalu. Tenía que andar con cuidado con sus pensamientos errantes; el vínculo psi de su casco estaba ajustado al máximo nivel de sensibilidad para permitir la comunicación durante el alboroto mental de la batalla—. En estos momentos estoy en el túnel de acceso a los motores, subiendo a la intersección. Dentro de poco veré el centro de relés.

—¡Más deprisa! Los escudos están cayendo, y solo nos queda un...

La nave sufrió una sacudida y cayó en barrena, zarandeada por pequeñas explosiones. laalu se agarró a la escalera con ambas manos enguantadas para no salir en caída libre por la ingravidez. Las sirenas sonaban en alerta máxima.

—¡Interceptores destruidos! Gujas dragón en el casco, penetración zerg en el puente de mando...

Como rebanada por una cuchilla psi, la voz de Tenzaal se cortó.

—¿Templaria?

Se ajustó el enlace. A veces la comunicación se veía afectada por interferencias cósmicas aleatorias. Pero los instrumentos de lectura de su casco registraban una receptividad máxima.

Iaalu intentó entonces contactar con su mente, plenamente consciente, dadas sus escasas facultades psiónicas, de que seguramente era una causa perdida. Como miembro de la casta Khalai, no poseía el sólido entrenamiento mental para sentir gran cosa más allá de sus inmediaciones.

Ingeniero tercero a puente de mando, responda, por favor. Ingeniero tercero a mando, por favor...

Hubo una respuesta: una oleada repentina de agonía tan intensa que reventó los condensadores del vínculo psi y le inundó la mente de dolor. Metió una pierna entre los peldaños de la escalera para que la onda expansiva no lo tirara por el túnel.

Uhn dara ma'nakai; uhn dara ma'nakai. Repitió un mantra del Khala que había aprendido mucho tiempo atrás y que se había convertido en su auxilio en situaciones de emergencia. *Uhn dara ma'nakai. Nuestro deber no tiene fin.* Era lo único que sabía para protegerse de un colapso mental completo.

Uhn dara ma'nakai... Uhn dara ma'nakai. Gradualmente, la cacofonía se fue desvaneciendo y su mente comenzó a respirar de nuevo, a trancas y barrancas, hasta estabilizarse en un patrón más normal para poder comprender qué había ocurrido.

Muertos. Deben de estar todos muertos. La pretora. Su personal de mando. Tenzaal. Los zerg deben de haber penetrado en el puente de mando y masacrado a los tripulantes. No había otra explicación para un pico psiónico de esa magnitud. No había otra explicación para la angustia que había sentido. Sus voces habían sido arrancadas del Khala, y él tenía suerte de estar vivo tras el tormento de todos ellos.

Esta masacre nunca se debería haber producido. El mando de la flota había ordenado que el *Koramund* aportara su potencia de fuego a una fuerza protoss enzarzada en un feo combate con los zerg. Pero en el viaje hacia el frente, el *Koramund* había captado una llamada de socorro desde lo que hacía tiempo que se creía una colonia abandonada en el planeta remoto de Vanass.

La llamada de socorro era una estratagema: el *Koramund* fue a parar justo en medio de un enjambre zerg. La retirada no era una opción. A los pocos minutos de iniciado el ataque, no solo los compensadores de gravedad del *Koramund* estaban destruidos, sino que el relé de motores falló misteriosamente, haciendo de la nave un blanco fácil para los zerg. Iaalu y su equipo corrieron a preparar los cazas mientras mutaliscos y envilecedores zerg castigaban al portanaves sin cesar, demoliendo las cubiertas de estribor. La mitad de la tripulación murió en ese ataque, entre ellos los ingenieros primero y segundo.

Iaalu era el siguiente por jerarquía en tener que reparar los motores. Tenzaal le había ordenado ir a toda prisa al túnel de acceso a los motores, dejándole por tanto el lanzamiento de los interceptores del *Koramund* a su subordinado, Sacopo. No importaba que los conocimientos de Iaalu sobre matrices de cristales y relés de potencia fuera regular en el mejor de los casos. No quedaba ningún ingeniero vivo que conociera mejor el portanaves que él.

El daño en su vínculo psi agravaba su situación. Su pérdida le impedía comunicarse con los

tripulantes de la nave, si es que alguno de ellos había sobrevivido. El destino del *Koramund* recaía ahora sobre él y solo él, su ingeniero tercero.

Iaalu eliminó de su mente los últimos ecos de aquel grito fatal. Hizo lo único que podía para acercarse a la matriz del relé: dejó de trepar y apoyó los pies contra la pared para impulsarse hacia delante.

La ingravidez presentaba sus propias dificultades. Un percance o una sacudida repentina del túnel podían hacerlo salir despedido hacia atrás. Tenía que ir con cuidado.

Sin saberlo, los atacantes zerg le dieron un empujón. Las explosiones que habían acribillado el casco —gujas dragón, suponía— lo propulsaron en la dirección adecuada. Cuando estuvo cerca de la intersección, se agarró a los peldaños que había a cada lado. Sus piernas cabeceaban ante él, y tras unos cuantos balanceos logró efectuar un giro brusco y deslizarse por el último tramo del túnel hacia la matriz del relé de cristal.

O donde la matriz debería estar.

No había luz al final del túnel. Ningún pálido fulgor azul, ni siquiera un destello del cristal que se suponía que estaba ahí. Nada salvo oscuridad.

Eso era imposible. La pretora Quordas había dicho que la matriz estaba aquí, y él la había creído. Ella no solo era la comandante del portanaves, sino también una templaria de las mejores, capaz de sentir la presencia de cosas a las que él, que pertenecía a los Khalai, estaba ciego. El Khala la había dotado de una perspicacia que él jamás tendría.

Impactó contra la pared que albergaba el centro de relés y se aferró a los asideros cuando la fuerza del choque ya lo hacía rebotar hacia atrás. Todo su cuerpo se estiró desde los pies a los dedos, y por un momento sintió que los músculos de los brazos se le iban a desgarrar. Pero aguantaron, y pudo auparse al centro.

Una vez afianzado, se encendió los reflectores del casco para inspeccionar los componentes del centro. Los sensores de presión parpadearon cuando pasó la mano por delante. Contó los ocho cables del relé. Sintió la pulsación del conducto de alimentación principal al tocarlo, y la línea de purga del colector le produjo un ligero cosquilleo por las energías recién consumidas. Aparentemente estaba todo en orden y no faltaba nada, con una excepción: la matriz de cristal que conectaba los cables al conducto había desaparecido.

¿Podía haber estado equivocada la pretora Quordas?

Enterró esa idea, contento de que su vínculo psi no funcionara. Tener esos pensamientos equivalía a traición. Tenía que centrarse en el problema que lo ocupaba. Ese era su deber como ingeniero y como Khalai.

Sopesó sus opciones. La corriente nunca llegaría a los motores sin una matriz especialmente adaptada, pero construir una nueva estaba descartado. Tampoco tenía el tiempo ni la capacidad psiónica para trazar las rutas cristalinas de una matriz para los motores. Cabía la posibilidad de que pudiera apañar los cables, desconectando las placas deflectoras y metiendo los relés en el conducto

principal, pero eso solo proporcionaría una ráfaga de energía, y luego el artilugio quedaría totalmente achicharrado.

No, necesitaba la matriz. Si quería salvar a su querido *Koramund* de estrellarse contra Vanass, la necesitaba *ahora*. Pero ¿adónde había ido? Si el cristal se hubiera fracturado, debería haber encontrado fragmentos. Y al contrario, si se lo hubieran llevado del centro, el registro de la nave que llevaba en el casco debería haber indicado que alguien había pasado por la escotilla de acceso.

Eso a menos que alguien —o algo— hubiera llegado al túnel por otro medio.

Enfocó el túnel con sus reflectores. Nada excepto la escalera que recorría la pared. Hizo que el casco explorara cualquier posible fuente de calor o señal de vida. Una vez más, todos los datos indicaban que...

Un punto rojo apareció en la holopantalla, indicando movimiento por encima de él. Iaalu se giró, echándose para atrás justo cuando una mandíbula reluciente y llena de dagas se cerraba de golpe. La intensidad de sus reflectores le salvo la vida: el atacante retrocedió por la fuerte luz, emitiendo chirridos y siseos.

Había visto esta raza de zerg innumerable veces en sus sesiones de primado, pero de cerca el mutalisco era infinitamente más horrible. Una delirante perversión de dientes y garras, con dos alas ásperas y ocho ojos espantosos de un tono ardiente entre un rojo y un naranja enfermizo. Tenía púas que le sobresalían por todo su cuerpo serpentino, que terminaba en otra especie de boca con púas y colmillos, su cloaca. Por su orificio baboso escupió una masa de carne con cuchillas que no paraba de retorcerse: una guja dragón.

Iaalu se lanzó y rodó. La guja impactó en la pared de detrás de él, y la explosión resultante lo mandó dando vueltas en la otra dirección, intentando aferrarse a cualquier cosa que pudiera frenar su caída libre. Incapaz de alcanzar la escalera, se agarró a lo único que pudo: el borde del ala del mutalisco.

La criatura se revolvió, intentando sacudírselo sin éxito. Mientras el mutalisco daba rienda suelta a su frustración con chillidos taladradores, Iaalu atisbó un brillo familiar atascado en la garganta del monstruo, pálido y azul. Lo reconoció de inmediato. El fulgor de la matriz del relé de cristal.

De algún modo, el mutalisco había evitado a los interceptores y se había deslizado al interior del túnel del portanaves. Y a pesar de que se creía que esta era una raza zerg estúpida, este en concreto había tenido el suficiente criterio —o hambre— para tragarse la matriz de cristal.

Fuera cual fuera la razón, ahora Iaalu tenía una posibilidad. Si podía recuperar la matriz de la garganta de la criatura, tal vez pudiera reactivar los motores del *Koramund* y llevarse la nave lejos de aquí.

El portanaves fue zarandeado de nuevo, esta vez con tanta fuerza que tanto Iaalu como el mutalisco fueron lanzados contra el centro de relés. Iaalu siguió sujeto al ala mientras todo empezaba a dar vueltas a su alrededor. El mutalisco giraba, gritando de dolor y disparando una andanada de gujas dragón. Las gujas se clavaron en la pared en rápida sucesión, *bumbambum*, y las explosiones combinadas abrieron agujeros en el casco. Entró luz a raudales por el túnel, no la iluminación tenue de un billón de estrellas, sino el resplandor del día.

Entre imágenes borrosas, a laalu le pareció distinguir las formas de continentes y océanos allá abajo. El *Koramund* debía de estar atravesando las nubes de Vanass. El choque era inminente.

laalu no tenía las habilidades para el combate de un fanático, y sus garras estaban romas de tantos años en desuso. Pero su mente era la de un ingeniero, experto en evaluar y rectificar situaciones con las herramientas disponibles. Y tal vez estuviera sujetando justo la que necesitaba.

Soltó una de las manos del ala y casi se le escapa la otra cuando una sacudida de turbulencias atmosféricas agitó el portanaves. Pero sus dedos se asieron a un hueso y pudo auparse al ala, propinándole una patada a la sección intermedia de la boca de cola.

La criatura chirrió y retorció su cloaca como venganza, con su esfínter preparando ya una guja dragón. Y ahora, sin la protección del ala del mutalisco, no tenía nada con lo que escudarse de ese horrible apéndice.

Que era lo que había previsto. Soltó el hueso del ala y se dejó caer justo antes de que la guja saliera disparada hacia él. O, para ser más exacto, hacia donde él *había* estado.

laalu sabía por sus sesiones de primado que la guja dragón no era más que una máquina orgánica. Su única motivación, su único fin en la vida, era acuchillar a sus objetivos y hacer explotar trozos de sí mismo al impactar hasta hacerlo desaparecer. Ese era el resumen de la existencia de la guja; era para eso para lo que los zerg la habían perfeccionado, incluso en lo concerniente a su ciclo vital. El vientre del mutalisco modificaba genéticamente a cada guja para que alcanzara la madurez total al colisionar con su objetivo último para infligir así el máximo daño.

Esta guja en particular vivió unos instantes más de lo previsto. Mientras pasaba volando por el espacio que laalu había ocupado anteriormente, se volvió del verde incandescente de cuando se alcanza la edad adulta, lista para estallar pero sin la suficiente capacidad cerebral para alterar su trayectoria y localizar al objetivo deseado. Tras perforar la delgada ala del mutalisco, la guja prosiguió su ciclo vital, desarrollando el brillo esmeralda de la madurez y marchitándose luego con el verde viridiano de la senectud, hasta que finalmente se incrustó en el abdomen del mutalisco.

Los ocho ojos del mutalisco se abrieron con furia infernal al encontrar la guja al fin su destino. Desprovista de conciencia propia, la pequeña máquina orgánica no tenía ni idea de que se había enterrado en su propio padre; simplemente quería llevar a cabo su propósito de estallar al impactar, cosa que hizo, de una boca llena de púas a la otra.

La explosión lanzó a laalu de vuelta hacia el centro de relés. Agitando los brazos, enganchó un codo alrededor de un cable para no rebotar. Pero eso no le evitó quedar empapado de sangre del mutalisco. El repugnante fluido ácido neutralizó sus escudos defensivos y comenzó a corroerle el traje NBQ. Se desabrochó rápidamente la coraza frontal y se la quitó retorciéndose, usando las perneras para quitarse la baba del casco.

Un fulgor pálido lo saludó. Flotando como una enana azul entre constelaciones de gotas de sangre estaba la matriz de cristal.

laalu extendió el brazo a través de la nube roja y agarró el cristal sin pararse a pensar en el daño al que se exponía. El ácido chisporroteaba en su piel, penetrándole la carne. Sus músculos se cocieron,

las células se le vaporizaban. El dolor era insoportable. *Uhn dara ma'nakai. Uhn dara ma'nakai.* Si podía encender los motores, no sufriría mucho tiempo. Desprovisto de su traje NBQ, sería azotado hasta la paz del olvido por los iones que comenzarían a rebotar por el lugar.

La gravedad del planeta tomó el control absoluto, zarandeando al portanaves y haciéndolo caer en espiral. Los océanos desaparecían de la vista en las brechas del casco, y laalu alcanzó a ver bosques de árboles baleh de punta cónica. Le quedaba poco tiempo antes de que el *Koramund* se estrellara.

Uhn dara ma'nakai.

Restauró los sensores de presión, soñando con las colinas de Shreka que veía en las curvas del portanaves. Acopló los relés al cristal siguiendo el mismo patrón octogonal que usaba para conectar los relés de los interceptores de la nave. Insertó el conducto de alimentación principal en el centro del cristal, susurrándole su mantra a esa chispa especial que él sabía —esperaba— que aún permaneciera en esos cables.

Y así era. El cristal se iluminó con un azul brillante mientras la energía fluía por los caminos de la matriz. Segundos después, los motores comenzaron a zumbir con renovada vida. laalu, a su vez, esperaba la inevitable muerte, aguardando la lluvia de iones.

Que no llegó.

Sin previo aviso, los relés se soltaron; el colector chisporroteó; el zumbido del motor se apagó y la matriz de cristal se hizo añicos, rociándolo a él no con iones, sino con sus fragmentos.

laalu se dejó caer sobre el amasijo de cables mientras el *Koramund*, gran maravilla de los protoss, se estrellaba contra el techo forestal de Vanass y se convertía en otro fantasma de su gran desesperación colectiva.

Según las enseñanzas de Khas, una luz —una luz radiante, vigorizante, dichosa— inundaría a los comunicantes que entraran en la fase final de su vida actual y encendería los inicios de la siguiente.

laalu encontró oscuridad al despertar. Oscuridad y dolor. Un dolor extremo.

Su piel crepitó cuando intentó moverse. Las corrientes de aire que pasaban rozándole el pecho le quemaban como lenguas de fuego. Sentía punzadas en la mano derecha. Le dolía la planta del pie izquierdo. Órganos que no sabía que tenía se presentaban en ramalazos de tormento. Se sentía como si lo hubieran asado por dentro.

Esto distaba mucho de la felicidad que Khas había prometido. O bien había caído en el vacío, o...

¿Estaba vivo?

Imágenes, recuerdos, pesadillas volvieron a él. El túnel. El mutalisco. Su sangre.

Debería estar muerto.

Por alguna razón, no lo estaba. De algún modo estaba vivo. En carne viva, desprotegido, medio corroído por el ácido, pero vivo.

¿Cómo?

El casco. Su blindaje había salvado su cerebro y sus cordones nerviosos de quedar licuados. Pero solo eso no podía haberlo salvado de...

El choque. Al que no debería haber sobrevivido. Bajo ninguna circunstancia imaginable podía una nave desplomarse de la órbita, alcanzar una velocidad terminal y resistir una colisión planetaria. Ni siquiera portanaves tan célebres y especiales como el *Koramund*. La nave y la tripulación deberían haber perecido en una bola de fuego. Él debería haber sido reducido a cenizas.

Debería. La incineración habría sido un destino mucho más clemente que lo que padecía ahora, quemado con ácido zerg y ávido de luz.

Examinó la oscuridad, esperando que la vista se le ajustara. Incluso un solo haz o rayo le levantaría el ánimo y aliviaría parte de su dolor. Pues la luz era la esencia de los protoss. La luz era lo que les daba su sabiduría y su energía. La luz era lo que les daba vida.

La oscuridad era total. Pronto el ansia lo volvería loco, si no lo estaba ya.

Su casco. Eso podía generar luz. Ordenó con un pensamiento encender los reflectores. No se mostró la lectura holográfica, pero la luz parpadeó, se quedó encendida y él se imbuyó de cada fotón que pudo como si fuera agua.

Vio que estaba enredado entre cables encima del centro de relés, con el túnel de acceso a los motores sobre él. El portanaves se había girado durante el impacto sin apenas una abolladura en sus paredes. Gruesas ramas de baleh habían penetrado a través de las brechas en el casco y habían cubierto la escalera de puntas de coníferas.

¿Habían amortiguado los árboles de algún modo lo peor del choque? ¿O estaba teniendo una alucinación?

Proyectó su mente en busca de otras presencias en el Khala. Aunque su capacidad psiónica era limitada y estaba aún más reducida por el dolor, debería poder llevarse una impresión general de cómo le había ido a la tripulación.

No había nada. Ni un eco. Ni un murmullo. Ni siquiera una sensación primaria de vida. El Khala estaba en silencio y a oscuras.

Se le encogieron los corazones. Quizás era el único superviviente.

Se quedó tendido pensando en su destino durante horas, o días; era difícil calcular el tiempo en su estado. Podría haberse quedado ahí hasta que la muerte hubiera vuelto a por él de no haber sentido un hormigueo.

Era tan leve que al principio casi ni lo notó. Le bajaba por el brazo izquierdo, apoyado en el conducto de alimentación principal, y se producía a intervalos, de forma rítmica, sin el dolor de una

quemadura de ácido.

Una pulsación. Una pulsación fluía por el conducto. Débil y mortecina. Pero ahí estaba. Había corriente en esta línea. La chispa del *Koramund* no había muerto. Aún no.

Tenía que hacer algo. Amaba al *Koramund* como a ninguna otra cosa. El portanaves le había brindado su carrera y la oportunidad de formar parte de su leyenda. Tal vez pudiera evitar que quedara abandonado bajo árboles baleh o sepultado bajo la podredumbre fúngica de los infestadores que sabía que vendrían a anidar. Quizás en algún lugar de la nave diera con un modo de encender sus motores. Tenía la obligación para con esta nave y sus tripulantes, si alguno había sobrevivido, de hacer lo que pudiera, por más remota que fuera la posibilidad de éxito.

Con gran esfuerzo, reunió la fuerza necesaria para desenredarse de los cordones de los relés y ponerse en pie. Más partes de su piel se desmenuzaron y escamaron, con la carne sensible debajo. Pero cuando apretó el conducto y sintió el latido del *Koramund*, por más débil que fuera, olvidó parte del dolor.

Se agarró a una rama de baleh y comenzó a trepar por el túnel.

La fuerte gravedad de Vanass hizo que su ascensión fuera casi insufrible. No podía flotar ni impulsarse en la dirección adecuada como había hecho cuando la nave estaba en órbita. Tenía que encaramarse mediante escalera y árbol. Las ramas ásperas le raspaban las palmas quemadas. Sus capas epidérmicas se pelaban aún más cuando se estiraba a por una sección despejada de la escalera. Lo que le quedaba de piel, se le cayó. Sin querer mirar, sabía que el ácido lo había despojado de todo salvo su carne desnuda.

Uhn dara ma'nakai. Vino sin proponérselo. Instintivamente. *Uhn dara ma'nakai.*

Recordó la primera vez que había oído esas palabras. Procedieron de Rimmicu, un templario al que había ayudado en los primeros tiempos de su servicio. Los zergling no solo habían acabado con toda la unidad de Rimmicum sino que también lo habían dejado a él sin extremidades. Y aun así el templario se había negado a que el desmembramiento lo disuadiera de su deber. Canalizó su aflicción hacia una voluntad propia, dándole la forma del músculo que controlaba la plataforma flotante que laalu le improvisó con partes de interceptor.

Uhn dara ma'nakai. Rimmicu tenía tanta fe en esas palabras que desafió al mando y regresó al campo de batalla donde tanto había perdido. Llevado por la venganza, persiguió y mató a hasta el último zergling que pudo hallar, antes de encontrar él la muerte en las fauces de una reina zerg.

Uhn dara ma'nakai. —Nuestro deber no tiene fin —solía salmodiar Rimmicu.

laalu no tenía ni la disciplina de aquel templario ni su fortaleza. No podía convertir su sufrimiento en munición que usar en combate. Como ingeniero, poseía otra serie de habilidades. Tenía talento para las herramientas, no para las armas, y era así como debía dominar su dolor. Tenía que utilizarlo

como un instrumento de motivación, de estímulo. Como recordatorio de lo afortunado que era de sentir dolor y estar entre los vivos.

Llegó a la intersección del túnel y con mucho esfuerzo se aupó al borde. Descansó un instante antes de ponerse en pie.

El choque había alineado esta parte horizontalmente. No hacía falta trepar, podía andar. Sus piernas se negaban a ir más deprisa.

Cuando abrió la escotilla y vio el horror que había más allá, laalu deseó que sus piernas se hubieran negado a moverse del todo.

Pasillo tras pasillo, todo estaba lleno de cadáveres y de sus diversas partes corporales. Cabezas, miembros, torsos, todo en varios estados de mutilación y descomposición. Muchos de ellos eran sus amigos, sus queridos amigos, supervivientes de la colisión pero no de lo que vino después.

Esto lo habían hecho los zerg. Las marcas de sus dientes y garras estaban grabadas en todo lo que no habían devorado. Espinas aguja habían clavado brazos y piernas a la pared. Órganos vomitados mostraban las manchas ácidas de un intento de digestión. Los cordones nerviosos parecían una de las partes favoritas para los zerg, tal vez incluso un manjar; se las habían arrancado a todos los cráneos de protoss que laalu veía.

Se palpó nerviosamente sus propios cordones. La barbarie de los zerg explicaba por qué no había sentido siquiera los ecos que persistieran de las muertes de sus compañeros. Sus mentes habían sido seccionadas del Khala. Rezó para que la felicidad y la nueva vida les llegara pronto.

Cada pocos recodos había los restos de un zergling tendido entre los cadáveres, con señales de electrocución con un conductor psi o de una paliza brutal con pinzamarillos. Qué repulsivas eran las criaturas en persona. Eran una ofensa para su sentido del diseño. Las hoces que tenían por apéndices que les sobresalían del cuello parecían inapropiadas, como si se las hubieran arrancado a un organismo más grande y se las hubieran injertado torpemente al cuerpo del zergling. Eso, claro está, era el principio de la mutación de los zerg: incorporar las partes más peligrosas de diferentes especies para crear algo aún más peligroso. Según esta retorcida versión de la evolución, los zergling eran como un logro supremo. Aquello lo asqueaba.

laalu no podía saber adónde habría ido el resto de las jaurías de zergling. Lo más probable era que después de despedazar a la tripulación abandonaran la nave. Eso esperaba. Dudaba que pudiera abatir a un zergling, especialmente en su estado.

Lo que realmente lo inquietaba era que entre los muertos no vio un solo miembro de la casta de los templarios. Todas las víctimas eran Khalai —ingenieros, científicos, médicos y mecánicos— a los que aparentemente habían abandonado a su suerte. El hecho de que estos Khalai hubieran matado a todos estos zerg era prueba de su valentía y de su ingenio. Que hubieran plantado cara ante una situación tan abrumadoramente desfavorable fortaleció su propia determinación de hacer despegar

de Vanass el *Koramund*. Otros protoss tenían que saber del valor que habían demostrado.

En cuanto a los templarios, no le importaba que fueran olvidados. Habían jurado dar sus vidas protegiendo a los Khalai, pero no había ni una sola prueba de que se hubieran molestado en participar en la defensa de sus colegas y amigos.

laalu intensificó el paso, renqueante, hacia las cámaras de meditación, llevado por la ira.

Raíces de samuro blandas amortiguaban el sonido de los pasos de laalu. Era con lo que estaba enmoquetada esta cubierta para que quienes pasaran por allí no distrajeran a esos fanáticos y demás templarios que meditaban en las cámaras de más allá. Cuando no eran llamados a combatir o a tareas relacionadas, los templarios venían a esta sección del portanaves para ejercitarse, descansar y armonizar sus cuerpos y mentes con el Khala.

Seguramente era aquí donde la mayoría de ellos habría muerto.

Se había precipitado a la hora de cuestionar la lealtad de los templarios. El corredor principal que llevaba a las cámaras de meditación terminaba en un mamparo estrujado con un fanático aplastado en los escombros. Los pasadizos contiguos habían sido demolidos de un modo similar. Los zerg no solo habían inutilizado los motores del portanaves, sino que además habían destruido los niveles que albergaban la dotación de guerreros protoss de la nave.

Esto parecía más que una simple emboscada fortuita para tratarse de los zerg. La distribución interna de cada portanaves variaba, como reflejo de la creatividad de su equipo de diseño. Que los envilecedores hubieran localizado tan rápido y con tal precisión las cámaras de meditación indicaba que conocían muy bien el *Koramund*. ¿Los habría informado alguien de la tripulación?

laalu no tenía ni idea de lo que sus sospechas implicaban, pero no le gustaba tenerlas. Él era un ingeniero; su trabajo consistía en resolver los problemas de circuitos enrevesados y cables defectuosos, no las perversas tramas de los zerg. Ya había juzgado equivocadamente a los templarios. Tal vez sus recelos eran señal de que estaba perdiendo la razón. O de que tenía el sentimiento de culpa del superviviente. Un trauma emocional por la atrocidad que había presenciado.

laalu se apoyó con una mano en un conducto expuesto. El pulso anémico del *Koramund* le proporcionó consuelo. No estaba solo. El *Koramund* estaba vivo junto a él. Su latido así se lo indicaba.

Pero ¿dónde se encontraba su corazón? ¿Dónde estaba esa chispa única que aún le daba vida? Si pudiera encontrarla, tal vez le diera una pista sobre cómo reparar los motores.

Extendió los dedos y se concentró en sentir el flujo de la corriente. El pulso parecía dirigirse hacia el relé de los motores. Deslizándolo la mano por el conducto, fue en el sentido contrario, retrocediendo hacia el origen del pulso.

Su mente se relajó cuando el conducto lo llevó al hangar principal. También su dolor disminuyó. Aunque el pulso procedía de más allá en la nave, laalu dedicó un momento a echar un vistazo al hangar —su hangar— por la que quizás fuera la última vez.

Conocía hasta el último rincón de este sitio, cada herramienta de cada pared, cada rayada de cada panel, y cada vuelta adecuada para cada tornillo. Podía coger cada llave de fase del número adecuado entre las miles del banco de trabajo sin echar una sola mirada, y podía apretar la manguera de vespeno lo justo para doblar la capacidad de los depósitos de combustible con espacio de sobra.

Sus dependencias estaban en la cubierta del cuartel, pero el hangar era su hogar; aquí era donde había pasado la mayor parte de sus horas de vigilia, construyendo y reparando su principal motivo de orgullo, los legendarios interceptores del *Koramund*, que se encontraban en sus soportes de carga, tan lustrosos y resplandecientes como los había dejado.

Sus dedos se separaron del conducto de la pared. Cerró los ojos. ¿Había estado soñando? Se despejó la mente y volvió a mirar.

Todos los interceptores estaban atracados, con sus cordones umbilicales conectados y sin una abolladura en los cascos.

Esto no tenía sentido. Ninguno en absoluto. Estos interceptores habían sido destruidos; es lo que Tenzaal le había dicho mientras él subía por el túnel de acceso. Aunque uno o dos hubieran logrado regresar al portanaves tras sobrevivir milagrosamente a las fuerzas zerg, jamás podrían haber recuperado un estado tan prístino sin los recursos y el talento de la tripulación.

Sin él.

Se fue muy despacio hasta un interceptor al que había apodado *N'rithaa*, su "flechita". Puso la palma sobre su cañón de plasma. El frío metal alivió su quemadura.

Luego vio los cadáveres de detrás del cañón y supo que no soñaba.

No podía soportar mirarlos a la cara, aunque no le hizo falta para reconocerlos. Yaiino, Wotarra y Palmet, los ingenieros subalternos que habían servido a sus órdenes con la mayor entrega y competencia. Y Sacopo, el bravucón y bullicioso Sacopo, que era un siglo más viejo que laalu y habría sido ascendido a ingeniero tercero de no haber sido por sus pequeñas desavenencias con Tenzaal. Su cuerpo regordete colgaba del podio de control de lanzamientos, con sus cordones nerviosos apilados como gusanos a sus pies. Su cráneo estaba perforado por una sola herida cauterizada.

laalu volvió a mirar los demás cadáveres, las caras que había evitado. Presentaban heridas similares, agujeros profundos y cauterizados que les atravesaban el cráneo. No había sangre.

Los zerg nunca habían sido tan limpios. Esto era el trabajo de precisión de una cuchilla psi.

Inspeccionó el hangar de nuevo y lamentó haber tenido encendidos los focos. El haz cayó sobre tres

criaturas serpentina que llegaban deslizándose por el túnel por el que él acababa de venir. Los hidraliscos zerg lo descubrieron y sisearon, separando placas de sus caparazones para lanzar ponzoñosas espinas aguja.

Iaalu apagó sus focos y se agachó detrás del *N'rithaa*. Las espinas le pasaron silbando por encima e impactaron en el casco de otro interceptor.

No podría quedarse encogido tras el *N'rithaa* durante mucho tiempo. Pero en su estado apenas podía caminar, y menos correr. Las herramientas que mejor le podrían ir en un combate, los conductores psi, colgaban en la otra pared, al otro lado del hangar. Aunque pudiera hacerse con uno, de ningún modo iba a poder electrocutar a los tres hidraliscos. Tenía que encontrar un arma más potente o estaba muerto.

El *N'rithaa*. Estaba ahí, esperando a oxidarse. Su metal frío pedía a gritos que lo calentaran.

Desprendió de un tirón los cordones umbilicales y sacó una barra de emergencia de la parte inferior del interceptor. Aunque el *N'rithaa* no podía disparar sin órdenes directas del puente de mando del *Koramund*, los cañones seguían estando operativos gracias al circuito de control de fuego independiente que él había instalado. La capacidad de este interceptor de seguir disparando aunque el enemigo interfiriera en la señal de mando o destruyera su cerebro robótico era la razón de que lo llamara su "flechita".

Cuando los hidraliscos convergían ya en el interceptor, los sensores de apuntado del *N'rithaa* convergieron en ellos. Iaalu salió cojeando del hangar entre los alaridos y el chisporroteo de los zerg engullidos por el plasma.

El conducto lo guió por la columna vertebral del portanaves hacia una serie de puertas a las que nunca antes se había atrevido a acercarse. Estaban hechas con la madera de árboles kwai-leh del viejo Aiur, una materia prima poco habitual y muy valiosa desde la caída del planeta. En ellas había grabadas escenas pastorales, un vestigio de tiempos más sencillos y felices antes de los muchos años de guerra. Las puertas no tenían ningún tipo de pomo o cerradura, e impedían el paso a todos salvo a quien conocía la orden mental para abrirlas.

Eran las puertas de los aposentos de la pretora Quordas. Y según se aproximaba, se abrieron.

Iaalu sabía, como Khalai, que no le estaba permitido traspasar ese umbral. Pero era de estas salas de donde procedía el pulso. Podía sentir la corriente más allá de la entrada, en el interior, donde...

Vio algo que no habría imaginado ni en mil rotaciones.

Dos protoss llegaron tambaleándose a las puertas, fundidas en un intenso abrazo. Una era Tenzaal, cuya muerte habría jurado que había oído en el Khala, y la otra era...

¿La pretora Quordas?

laalu retrocedió a trompicones. Eso no era un abrazo. Era una lucha primaria, y Tenzaal llevaba las de ganar. Esta activó su cuchilla psi, y su luz confirmó lo que laalu no podía sentir en el Khala: su oponente era en efecto Quordas, sagrada comandante del *Koramund*, aunque unos cortes profundos se habían ensañado con su rostro antaño majestuoso y blancos nudos óseos dejaban al descubierto los puntos donde largos y hermosos cordones nerviosos solían colgar.

—Tenzaal, ¿qué estás...? —laalu apenas podía pensar, con la mente paralizada por la incredulidad.

—*¡Estúpido Khalai! Deberías haberte quedado muerto* —chilló Tenzaal, hundiendo su cuchilla psi en el abdomen de la pretora.

A Quordas se le salieron los ojos de las órbitas y se le oscureció la piel, mientras la cuchilla psi le chupaba su luz interior. No gritó mientras se marchitaba. Debido a la pérdida de sus cordones nerviosos, su muerte no sonó en el Khala, salvando a laalu del eco devastador que seguramente se habría producido.

Pero no lo salvó de la conmoción. Este asesinato era incomprensible. Tenzaal era una templaria, una de los tenientes de mayor confianza de Quordas, con todos los visos de acabar siendo también ella pretora algún día.

Tenzaal era una traidora.

—Por favor, Khalai, ahórrame tus pensamientos ignorantes. —Apuntó hacia él su cuchilla psi—. Inclínate ante mí y haré que tu final sea indoloro.

Un siseo áspero y repentino a sus espaldas le facilitaron a laalu su decisión.

Se lanzó hacia los aposentos de la pretora, dando gracias a los zerg por una vez en la vida. Espinas aguja le pasaron por encima para encontrar un blanco en Tenzaal. Esta, al contrario que Quordas, gritó en el Khala.

Al contrario que Quordas, sobrevivió.

Con un gesto de dolor por el grito de Tenzaal, laalu se maravilló de que los escudos de la armadura de Tenzaal se combaran pero resistieran, reforzados por su fuerza psiónica. Con un solo giro, esquivó lo peor del ataque con espinas. Tras activar su segunda cuchilla psi, se giró hacia el hidralisco con heridas provocadas por plasma que se encontraba en la entrada. Debía de haber sobrevivido a los cañones del interceptor.

—Un rezagado. Envié a los tuyos al bosque a morir.

Las placas del caparazón del hidralisco se separaron para disparar otra andanada. Tenzaal se lanzó directamente contra la descarga. Con un torbellino de movimientos desvió o destruyó cada una de las espinas y se posó ante el hidralisco, cortándole uno de sus brazos-guadaña.

Arrastrándose de vuelta hacia las sombras, laalu casi sintió pena por el zerg. Casi.

—Uhn dara ma'nakai.

Dejó de arrastrarse. Esta vez no había pensado él el mantra. Procedía de otra mente.

—Uhn dara ma'nakai.

La pretora Quordas lo estaba mirando. En sus ojos titilaba aún una luz que reflejaba el fulgor del amuleto de cristal que sostenía con fuerza y a través del cual proyectaba sus pensamientos.

Iaalu sabía que los miembros de alto rango de la casta de los templarios llevaban amuletos como lentes de sus psiques. Estos amuletos siempre tenían cristales Khaydarin, raros y deslumbrantes, artefactos de los antiguos Xel'Naga y dignos símbolos del rango del templario. El cristal Khaydarin de Quordas era pequeño; pequeño, alargado e irregular, con su cristal empañado, nada que alguien fuera a tener en estima, llevar como colgante o incluso arrancar de un campo mineral si se lo encontraba. Y aun así Iaalu no podía apartar de él la mirada. Por más tenue que fuera su luz, el brillo Khaydarin palpitaba con una cadencia que él conocía bien, la que fluía a través de los conductos y lo había guiado por los pasadizos.

Este cristal deslucido y sin nada especial podía ser nada menos que la chispa del portanaves. Quordas tenía en sus manos el corazón del *Koramund*.

—Uhn dara... ma'nakai —le susurró ella con la mente, y entonces sus ojos se apagaron. La muerte relajó sus dedos. El amuleto cayó al suelo y rodó hacia él.

—Toca ese cristal y sufrirás una muerte que te atormentará en tu próxima vida. —Encima del cuerpo en espasmo del hidralisco, Tenzaal fulminó a Iaalu con la mirada mientras hundía sus cuchillas psi en el cráneo de la criatura una última vez.

Iaalu le devolvió la mirada sin miedo. Lo cierto era que ella no podía hacerlo sufrir más de lo que ya había padecido.

Extendió el brazo para hacerse con el amuleto.

Tenzaal saltó del cuerpo hacia él. Impulsada por su traje de energía y fortalecida por su habilidad psiónica, se movía casi a la velocidad del pensamiento.

Para cuando tocó el suelo, él ya se había ido.

El cristal Khaydarin le dio sustento. Le dio fuerza. Le dio velocidad. Le hizo sentirse... *iluminado*.

En lo que no pudo haber tardado más que un parpadeo, Iaalu cruzó la escotilla de acceso a los motores y llegó a la intersección del túnel, usando el fulgor del amuleto para mirar abajo y encontrar...

Un bosque.

Las puntas de los coníferos baleh habían germinado y florecido, creciendo sin agua o luz solar. Había ramas cruzando el túnel de un lado a otro, con un follaje tan denso que no veía el centro de relés de

debajo. Apenas podía encontrar la escalera.

Te mataré te mataré te mataré

Los pensamientos de Tenzaal le seguían la pista, virulentos hasta el punto de casi conseguir su propósito. Se estaba acercando. Se asió a un peldaño y comenzó a bajar a toda prisa por la escalera.

No había llegado muy lejos cuando una rama le golpeó los cordones nerviosos con tanta fuerza como una pedrada. La apartó con un empujón y solo consiguió que las raíces de la conífera se le enredaran en las piernas y que otra rama abriera su follaje como una pinza. Le atrapó el brazo y lo arrancó de la escalera.

Colgaba suspendido en el aire, preso de los baleh. Nuevas ramas extendieron las zarpas de sus hojas hacia él, hacia lo que sostenía.

Querían el cristal Khaydarin.

laalu forcejeó, y las raíces no hicieron más que sujetarse con más fuerza. Una savia repulsiva manaba de las cavidades de una rama. Parte de ella le cayó en el pecho y quemaba como... *¿sangre de mutalisco?*

Los zerg debían de haberse infiltrado en el genoma de los baleh y lo habían mutado. Pues por más descerebrados que fueran los zerg, sabían qué era este cristal. Sabían lo que un cristal Khaydarin podía hacer.

Agarró fuertemente el amuleto con ambas manos. Los zerg tendrían que despedazarlo para hacerse con él.

Matar matar matar...

Tenzaal se abalanzó escalera abajo, abriéndose paso con sus cuchillas psi. Ramas y raíces se replegaron para no ser mutiladas. De repente laalu estaba libre.

Y en descenso. Cayendo hacia el centro de relés. Pudo verlo al retirarse el follaje baleh.

—Ni lo sueñes.

Tenzaal lo cogió por el pie y lo arrojó contra la pared. Impactó contra ella con un gran crujido y bajó deslizándose hasta el fondo.

El impacto debería haberlo matado. Habría matado a cualquier Khalai normal. Pero en las últimas horas, o días, laalu había soportado cosas peores. Mucho peores. Y si algo había aprendido, era cómo encajar un golpe. El cristal no necesitaba ayudarlo en ese sentido.

Se incorporó y se fue tambaleándose hacia el centro de relés. Ya había reunido los ocho cables de relé y el cable del conducto de alimentación principal cuando Tenzaal se posó al otro lado.

Se quedó parada al otro extremo, mirándolo con fiereza, con sus cuchillas psi zumbando, pero no

atacó. En vez de eso, los iones sueltos del túnel comenzaron a ir hacia ella. Estaba invocando un poder que solo un templario poseía: una tormenta psiónica que podría destruirlo no solo a él, sino también el túnel de los motores y gran parte del portanaves.

—¿Por qué haces esto? —preguntó él, tratando de entretenerla mientras conectaba la matriz lo más rápido que podía. Aunque el cristal Khaydarin era desigual y estaba toscamente labrado, se adaptó a los extremos de los cables como si lo hubieran hecho para que encajara—. ¿Eres tétrica?

—¿Una templaria tétrica? ¿Tengo pinta de tener los cordones cortados? —La aureola a su alrededor brillaba de energía—. No, Khalai, no sientes mi mente porque se la oculto a la tuya tan débil. Pero ya no tiene sentido que me esfuerce en ello. Ten. Échale un vistazo.

Tenzaal liberó sus pensamientos en un torrente que golpeó la mente de laalu y lo hizo temblar. No se contuvo en absoluto: reveló cada detalle de su traición, desde el descubrimiento de un enjambre zerg en Vanass hasta la llamada de socorro que falseó, desde el conducto a los motores que había dejado abierto hasta las muertes de los protoss que había provocado, todo ello eslabones en una cadena lógica que acababa reduciéndose a un final muy concreto, afilado como una daga, apuntando directamente al corazón de lo que él más amaba.

—Quieres... quieres destruir el *Koramund*.

Ahora las energías psiónicas contorneaban los miembros de Tenzaar. En cuestión de segundos tendría la potencia suficiente para matarlo con una descarga mental.

—Estamos en una nueva era de la guerra, Khalai. El *Koramund* y los demás portanaves de su clase son reliquias de un pasado fallido. Son mastodontes ineficaces y sin armas que consumen valiosos recursos y personal de la flota, poniendo a templarios muy capaces en un riesgo innecesario. Los zerg se han enfrentado tantas veces a nuestros portanaves que han memorizado la distribución de cada buque, sus resquicios, sus puntos débiles. Nuestro fracaso aquí en Vanass, como muchas de nuestras derrotas recientes, demuestra una vez más que el conocimiento que los zerg tienen de estos aparatos se ha vuelto instintivo: está en sus genes.

—¿Y por eso dejaste que lo destruyeran?

—¡Porque nuestra gente se niega a hacerlo, Khalai! Y su nostalgia nos está costando esta guerra. Dedicar un tiempo precioso a conmemorar el pasado cuando deberían estar preparándose para el futuro. Si no pueden librarse de su apego a estas carracas torpes y anticuadas, alguien tiene que intervenir y cortar el cordón umbilical por ellos.

laalu casi titubeó al conectar el séptimo cable mientras trataba de entender. ¿Acaso ella no estaba tan loca como parecía? ¿Era posible que él, como muchos protoss, permitiera que sus sentimientos por el *Koramund* y su legado lo predispusieran en contra de lo que era racional, de lo que era necesario para ganar esta guerra?

El último cable del relé se fue hacia el cristal, atraído como un imán. Pero él los mantuvo separados.

—Si esa era tu intención, ¿por qué me mandaste a arreglar esos motores? —preguntó.

—Te alejé de los interceptores. Sospechaba que habías implementado diseños propios que podían arruinar mi plan. No esperaba que repararas la nave y la salvaras del olvido. Has hecho aún más difícil mi trabajo, Khalai.

—Y tú has matado a mi equipo.

—Un mal necesario. —Lo pensó con convicción. Y sin un dejo de arrepentimiento. La energía danzaba en torno a su cuerpo, pero en sus ojos solo veía oscuridad.

Iaalu no necesitaba ser un templario para saber que los *males necesarios* no eran la manera de hacer de Khas.

La pretora Quordas, Yaiino, Wotarra, Palmet, Sacopo y el resto de la tripulación habían servido dignamente durante todas sus carreras. Merecían algo mejor.

—Eres una asesina.

La mente de Tenzaal resopló. Los iones comenzaron a arremolinarse en torno a ella, sus extremidades, su cuerpo, sus cordones nerviosos. —Cuando esta guerra termine, los Conservadores me recordarán como una salvadora.

Tendió un brazo hacia él, y este sintió la atracción de la tormenta que se estaba formando como si un vacío fuera a absorberle su luz. Se apretó el amuleto de la pretora contra el pecho.

Uhn dara ma'nakai.

Con todas sus fuerzas, Iaalu insertó el conducto de alimentación principal en el centro del cristal. Si esto funcionaba, la explosión de luz haría arrancar los motores, impulsaría al *Koramund* lejos de Vanass y los convertiría tanto a él como a Tenzaal en polvo estelar.

No ocurrió nada.

Tenzaal soltó una carcajada. —Ciego y patético Khalai. ¿Crees que te dejaría volver a poner en marcha los motores? ¿Es que no ves el cristal?

El cristal Khaydarin estaba oscuro. Sin pulso. Muerto.

—Esta nave no puede volar. El *Koramund* es viejo; está cansado, y su chispa se ha apagado por completo. —Un ciclón de energía giró alrededor de Tenzaal, con sus ojos ardientes como única muestra de inteligencia—. Y nunca, nunca volverá a ver las estrellas.

Con un grito de furia enloquecida, Tenzaal liberó su tormenta. Iaalu se mantuvo firme y rezó por la dicha que Khas había prometido.

Solo había oscuridad.

—¿Qué has... hecho?

Aquel pensamiento no era suyo. La voz de quien lo había pensado era estridente, crispaba la mente.

laalu tuvo que entrecerrar los ojos, abrumado por un brote de luz brillante. Era hermoso, del tipo que iluminaba la vida protoss y resurgía con el nacimiento de un niño. Y era intenso, tan intenso que bañaba el túnel en su resplandor. Salía a raudales desde los cables del relé hacia las arterias que se entrelazaban en las paredes. Los anillos sensores parpadeaban. El colector de escape exhalaba. El túnel zumbaba. Esta luz era más que luz. Era poder.

Los motores del *Koramund* se estaban calentando.

El cristal. El cristal Khaydarin. Una maravilla, esa cosa pequeña, fea y sin tallar. Debía de haber absorbido las energías psiónicas de la tormenta para volver a prender su propia chispa. Aunque la luz que irradiaba el cristal era imposible de ver, palpitaba contra el pecho de laalu, en sus manos, acelerándose, con su pulso recuperándose como un latido que despertara de un largo letargo.

—Estúpido Khalai... Nos has condenado a ambos.

Más allá de la luz, una sombra a la que conocía como Tenzaal cayó de rodillas. Sus cuchillas psi chispeaban. Su armadura se rompía. Su piel se resquebrajaba. Tenzaal gritó, pero su eco era tan lejano como si estuviera a una galaxia de distancia, mientras que la mente de laalu permanecía despejada. Dichosamente clara.

Extendió su brazo hacia ella. Pues ¿quién era él para juzgar? Por más daño que hubiera hecho, estaba sufriendo. Seguía siendo como él. Una protoss. Que necesitaba luz. Luz que él podía darle.

—Már... chate. —Tenzaal protegió sus ojos contra él, contra su luz, como si fuera la antítesis de su propia existencia. En lugar de tomar su mano, Tenzaal dejó que su carne se marchitara, que sus cuchillas psi se apagaran y que su cuerpo se disipara lentamente en la oscuridad.

Aun con toda esa luz, laalu no pudo salvarla. Esta guerra no solo había vuelto a los protoss contra los zerg y los terran. Había vuelto a los protoss contra sí mismos.

Sus cenizas cayeron sobre una pila de fragmentos cristalinos. laalu estuvo a punto de no reparar en ellos porque no reflejaban nada de luz. Pero él conocía su forma alargada como conocía la suya propia. Los fragmentos del cristal Khaydarin. Ahora negros como un tizón, opacos, sin la menor translucidez.

Sus manos regresaron al pecho. Los relés iban llenos de luz, de potencia, pero no parecía haber ningún amuleto en medio. Solo había...

Sus corazones.

Sus latidos coincidían con el pulso. O más bien *eran* el pulso, quizás el pulso que había sentido todo este tiempo.

Mientras la dicha se lo llevaba al siguiente ciclo de su vida, la luz reveló que él —laalu, nacido en la tribu Furinax de las colinas de Shreka, ingeniero tercero del portanaves *Koramund*— era su chispa.

Uhn dara ma'nakai.

Koramund: los protoss habían bautizado al portanaves como la "gran maravilla" de su clase, y eso es lo que era. Una gran maravilla que despegó de Vanass sin comandante ni tripulación, con su casco de líneas depuradas reluciendo, sus motores centelleando y su corazón llevando los recuerdos del viejo Aiur de regreso a las estrellas.